

# EL OBJETO DEL DESEO: PRODUCCIÓN DESEANTE EN EL ESQUIZOANÁLISIS DE DELEUZE Y GUATTARI O FALTA EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA DE JACQUES LACAN<sup>1</sup>

FRANCISCO CONDE SOTO  
Universidad de Santiago de Compostela

RESUMEN: El psicoanalista francés Jacques Lacan piensa el objeto del deseo como un objeto que falta y que no puede ser representado. Por su parte, Gilles Deleuze y Félix Guattari rechazan en *El Antiedipo* (1972) cualquier concepción que relacione el deseo con la carencia y sostiene que el deseo es un proceso de producción de un objeto real presente. En su opinión el psicoanálisis lacaniano maldice al sujeto deseante condenándolo a una melancolía y a una insatisfacción perpetuas. El objetivo principal de este artículo es rechazar esta crítica basándose en tres argumentos: una distinción entre la falta y la carencia, la consideración de la falta como no necesariamente negativa y la defensa de que un deseo limitado y parcialmente insatisfecho es más liberador que un deseo masivamente colmado.

PALABRAS CLAVE: deseo; Deleuze; falta; Lacan; psicoanálisis.

## *The object of desire: desiring production in the schizoanalysis of Deleuze and Guattari or missing in the psychoanalytic theory of Jacques Lacan*

ABSTRACT: French psychoanalyst Jacques Lacan thinks the object of desire as a missing object that cannot be represented. Meanwhile, Gilles Deleuze and Felix Guattari reject in *Anti-Oedipus* (1972) any conception that relates desire to lack and defend that desire is a producing process of a real and present object. In their view Lacanian psychoanalysis condemns desiring subjects to a melancholic and perpetual dissatisfaction. The main objective of this article is to refute this view according to next three arguments: a distinction between lack and deprivation, the consideration of failure as not necessarily negative and the thesis that limited and partially unsatisfied desire is more liberating than a massively filled up desire.

KEY WORDS: desire; Deleuze; lack; Lacan; psychoanalysis.

## INTRODUCCIÓN

En 1972, en pleno auge del psicoanálisis lacaniano en Francia y aún bajo la resaca intelectual de mayo del 68, el filósofo francés posestructuralista Gilles Deleuze y el psicoanalista «ex-lacaniano» Félix Guattari escriben un texto con el título como mínimo polémico de *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia* (1972). Su principal enemigo teórico es el psicoanálisis freudiano, en primera instancia en cuanto que inventor del complejo de Edipo pero, además, en un segundo momento, también en cuanto que cómplice de la sociedad de consumo: la teoría psicoanalítica jugaría

---

<sup>1</sup> Este artículo fue elaborado como resultado del proyecto de investigación «Sufriendo social y condición de víctima: dimensiones epistémicas, sociales y políticas» (FFI2015-69733-P) del Plan Nacional de Investigación Científica y Tecnológica.

un papel central en la construcción a nivel individual del tipo de subjetividades y de deseos neuróticos que la economía capitalista necesita a nivel social para su correcto funcionamiento. La primera parte del libro se propone deconstruir y criticar el complejo de Edipo en cuanto que herramienta represora del deseo. En este sentido, el psicoanálisis freudiano colaboraría con las diferentes instituciones sociales normalizadoras de la subjetividad al determinar como aquellas cuál debe ser la constitución psíquica normal de un sujeto: el complejo de Edipo actuaría como una especie de filtro por el que todos los sujetos sanos tienen que pasar, siendo aquellos que no lo consiguen superados condenados a la locura. Cualquier otra alternativa que el sujeto pudiese poner en marcha para otorgar vitalidad y sentido a su deseo más allá del Edipo sería sospechosa. Según los autores, el psicoanálisis olvidaría el carácter creativo del inconsciente y del deseo de los sujetos para hipostatizar una concepción del inconsciente como teatro, como representación escénica de una serie de conflictos que hacen olvidar el carácter de lucha de fuerzas psíquicas del inconsciente<sup>2</sup>.

La imposibilidad de cada sujeto para descubrir su peculiar complejo inconsciente instauraría una relación de fuerte dependencia del paciente con respecto al psicoanalista, de manera que no podría descubrir su propio deseo si no es más que a través de las interpretaciones que el psicoanalista en el mejor de los casos sugiere, y en el peor, impone. Se haría entonces difícil discriminar si lo que el sujeto descubre es su propio deseo o más bien se trata al menos en parte del deseo del psicoanalista. Los autores se reclaman abiertamente deudores de la crítica de Michel Foucault al psicoanálisis: si bien este último habría conseguido romper con el encierro de la psiquiatría de los siglos XVI, XVII y XVIII, substituiría las cadenas de los asilos por las cadenas aún más fuertes de la dependencia de los sujetos con respecto al médico/psicoanalista. Se habría roto el encierro del psiquiátrico para inventar el encierro del diván perfeccionando el primero con el añadido de la dependencia económica<sup>3</sup>.

Frente a la multiplicidad de soluciones, salidas, invenciones, destinos que el deseo puede adoptar, todas igualmente válidas siempre que lleven a cabo una afirmación de la potencialidad y vitalidad del sujeto, juzgar o territorializar el deseo —dicho en jerga deleuziana— con una categoría trascendente como el complejo de Edipo sería parte de una maniobra represiva llevada a cabo por el psicoanálisis freudiano.

<sup>2</sup> «El gran descubrimiento del psicoanálisis fue el de la producción deseante, de las producciones del inconsciente. Sin embargo, con Edipo, este descubrimiento fue encubierto rápidamente por un nuevo idealismo: el inconsciente como fábrica fue sustituido por un teatro antiguo; las unidades de producción del inconsciente fueron sustituidas por la representación; el inconsciente productivo fue sustituido por un inconsciente que tan sólo podía expresarse (el mito, la tragedia, el sueño...)» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 1985, p. 31).

<sup>3</sup> «Liberó al enfermo de esta existencia asilar en la que le habían alienado sus “liberadores”; pero no lo liberó de lo que tenía de esencial en esta existencia; reagrupó sus poderes, los tensó al máximo agrupándolos en las manos del médico; creó la situación psicoanalítica, en la que, por un cortocircuito genial, la alienación se convierte en desalienación, ya que en el médico se convierte en sujeto. El médico, en tanto que figura alienante, es la clave del psicoanálisis» (FOUCAULT, M., *Histoire de la folie*, Paris: Plon, 1961, pp. 607ss. citado en DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 99).

Si el rechazo de Freud es rotundo, la valoración del trabajo teórico del psicoanalista francés Jacques Lacan (1901-1981) es mucho más ambivalente. De entrada se le reconoce en diferentes pasajes del texto el haber conseguido superar el complejo de Edipo rompiendo para ello acertadamente con la ortodoxia psicoanalítica previa<sup>4</sup>. En este sentido, en la operación de deconstrucción del complejo de Edipo el psicoanálisis lacaniano sería más bien un aliado de Deleuze y Guattari antes que un enemigo<sup>5</sup>. Lacan desde como mínimo los años 50 afirma que el complejo de Edipo es un mito inventado por Freud —un mito con poder explicativo para determinados hechos del inconsciente, pero nada más que un mito— y lo substituye por el concepto de Nombre-del-padre-, que no es más que una metáfora cuya función es la introducción del sujeto al registro de lo simbólico, al funcionamiento del significante, en definitiva, al lenguaje<sup>6</sup>. Cabría añadir que finalmente Lacan no solo prescindirá del complejo de Edipo sino también de su propio concepto de Nombre-del-padre e incluso de la hipótesis del inconsciente sobre él sostenida. Lo hará con la única advertencia de que es necesario servirse de ellos primero, emplearlos como una especie de útiles necesarios para superar aquello que determinaba la vida del sujeto sin que este lo supiese<sup>7</sup>.

El problema para Deleuze y Guattari es que una vez dado este paso hacia delante y en la buena dirección, el psicoanálisis lacaniano erraría en otros muchos aspectos, por ejemplo: seguir pensando al igual que Freud el inconsciente como una especie de teatro, de representación escénica; considerar que existen ciertas palabras o significantes que organizan despóticamente el discurso y por lo tanto el inconsciente de los sujetos; cierta dificultad a romper definitivamente con cualquier concepto procedente del complejo de Edipo —puesto que Lacan sigue afirmando que existe un elemento signifiante que estructura el inconsciente del sujeto—; o la asunción acrítica de la dependencia que genera la relación de transferencia con el

<sup>4</sup> Por ejemplo: «¿No es siempre ahí donde radica la fuerza de Lacan?, haber salvado al psicoanálisis de la edipización violenta a la que él mismo vinculaba su destino, haber realizado esta salvación [...]» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 223). «Pero ahí también el planteamiento de Lacan adquiere toda su complejidad: pues, con toda seguridad, no cierra el inconsciente con una estructura edípica. Muestra, el contrario, que Edipo es imaginario, nada más que una imagen, un mito» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 320).

<sup>5</sup> «If Deleuze and Guattari's assault on psychoanalysis is here subsumed within a more general critique of Oedipus (i.e. the repression of desire by representation, transcendence, and the economy of lack, cemented by the mediation of the family, the capitalist division of labour, and the configuration of the state), Lacan continues to appear as more of an ally than an opponent. Lacan is the analyst who subverts the logic of Oedipal mediation from within» (HALLWARD, P., «You Can't Have it Both Ways: Deleuze or Lacan», en L. de BOLLE, *Deleuze and psychoanalysis. Philosophical Essays on Deleuze's Debate with Psychoanalysis*. Leuven: University Press, p. 33).

<sup>6</sup> «Si el complejo de Edipo no es la introducción del significante, les pido que me den de él alguna concepción distinta. Su grado de elaboración sólo es tan esencial para la normalización sexual porque introduce el funcionamiento del significante en tanto tal en la conquista del susodicho hombre o mujer» (LACAN, J., *El seminario 3. Las psicosis*, Barcelona: Paidós, 1984).

<sup>7</sup> «La hipótesis del inconsciente, como subraya Freud, solo puede sostenerse si se supone el Nombre del Padre. Suponer el Nombre del Padre, ciertamente, es Dios. Por eso si el psicoanálisis prospera, prueba además que se puede prescindir del Nombre del Padre. Se puede prescindir de él con la condición de utilizarlo» (LACAN, J., *El seminario 23: el sinthome*. 1975-76, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 133).

psicoanalista. Muchas de estas críticas están dirigidas principalmente a los seguidores de Lacan; incluso cabría matizar, a algunos de sus seguidores, puesto que el propio Félix Guattari, psiquiatra de profesión, fue durante varias décadas uno de ellos<sup>8</sup>. Pero de entre todos estos errores, aquel que provoca el mayor rechazo es haber sostenido una concepción negativa del deseo, que lo define como una carencia que no se puede colmar.

El psicoanálisis lacaniano no sería tan sólo responsable de neurotizarse y culpabilizar en lo privado a un sujeto incapaz de encontrar satisfacción para una carencia intrínseca sin solución posible, sino que además prepararía el terreno para que en lo social los objetos de consumo fuesen la única posible salida a esta insatisfacción irresoluble de otro modo. Frente a esta concepción, Deleuze y Guattari defienden el carácter positivo y creador del deseo.

El presente artículo se divide en tres partes. En una primera se atenderá a la crítica de la concepción de Lacan del deseo formulada por Deleuze y Guattari en su obra *El Antiedipo* (1972). A continuación se llevará a cabo una presentación de la teoría lacaniana del deseo, elemento central de toda una primera época de su enseñanza, que iría aproximadamente hasta *El seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), donde el deseo deja ya paso primero al concepto de pulsión y algo más tarde a la noción de goce. Finalmente se defenderá que es necesario distinguir entre el peculiar modo en que le falta al deseo su objeto y cualquier tipo de carencia, discutiendo para ello cuál de estas dos concepciones es más beneficiosa para el sujeto.

## 1. EL DESEO NO ES UNA CARENCIA: ES PRODUCCIÓN DESEANTE.

El concepto de máquina o producción deseante del primer capítulo de *El Antiedipo* quiere criticar radicalmente la concepción psicoanalítica del deseo, y por extensión todas aquellas concepciones que parten de la idea de carencia. Frente a las tres instancias de la segunda tópica freudiana —yo, ello y superyó— se trata de pensar el inconsciente como un conjunto de máquinas en conexión, máquinas que simultáneamente realizan dos operaciones: emiten flujo y cortan el flujo emitido por otras<sup>9</sup>. En lugar de un psicoanálisis interpretativo y descifrador del sentido de

<sup>8</sup> Guattari era asiduo desde 1953 al seminario que impartía Lacan, se psicoanalizó con él durante varios años y participó en la creación de la Escuela freudiana de París en 1964, cuando Lacan se escinde de la IPA (International Psychoanalytical Association) y funda su propia asociación de psicoanálisis. Se acredita que Lacan y Guattari rompen su relación en 1969. Véase para más detalles la biografía a dos bandas del epistemólogo e historiador francés François Dosse (DOSSE, F., *Gilles Deleuze y Felix Guattari. Biografía cruzada*, Buenos Aires: FCE, 2009).

<sup>9</sup> «En una palabra, toda máquina es corte de flujo con respecto a aquella a la que está conectada, pero ella misma es flujo o producción de flujo con respecto a la que se le conecta. Esta es la ley de la producción de producción» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 42). «Ya no existe ni hombre ni naturaleza, únicamente el proceso que los produce a uno dentro del otro y acopla las máquinas. En todas partes, máquinas productoras o deseantes, las máquinas esquizofrénicas, toda la vida genérica: yo y no-yo, exterior e interior ya no quieren decir nada» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 12).

los síntomas se propone una psiquiatría materialista que piensa la psique como una fábrica donde tiene lugar un proceso de producción continuo e inmanente, que no remite a ningún tipo de idealidad trascendente y piensa el inconsciente como un acoplamiento binario de una máquina a la siguiente<sup>10</sup>. El deseo es pura energía y pura producción en la que no falta absolutamente nada. El deseo, entonces, no sería más que la tendencia a acoplarse y el flujo mediante el que se acoplan dos de estas máquinas<sup>11</sup>. Esta conceptualización del deseo toma como paradigma o modelo cierta característica de la esquizofrenia. Evidentemente, no se trata del esquizofrénico clínico invadido por sus alucinaciones o sus delirios y que acaba internado en el psiquiátrico al ser incapaz de vivir en sociedad. Lo que interesa del deseo esquizofrénico es su libertad, su creatividad, su carácter innovador, que rompe con cualquier tipo de norma social que pretendiese codificarlo<sup>12</sup>.

Los autores sostienen que en la historia del concepto de deseo el primero en dar un paso en falso es Platón, al poner el deseo del lado de la adquisición y olvidar su naturaleza productiva. Aunque en el texto no se ofrecen más precisiones, se sobreentiende que se trata de la discusión del *Banquete* (200a) acerca de si el deseo apunta hacia algo que ya se tiene o hacia algo de lo que se carece<sup>13</sup>. Si el deseo es adquisición ello solo puede deberse a que se parte de un estado inicial en el que se carece de algún objeto, y se carece de él no en el plano de la fantasía, sino en el plano de la realidad<sup>14</sup>. Este error inicial lo habría prolongado Kant, ya que al sostener que el objeto de una ilusión o de una fantasía puede funcionar como sustituto del objeto real que falta, no cesaría de asumir que hay un objeto que falta. El objeto que produce el deseo tendría una realidad, pero tan sólo una realidad psíquica y no real. De esta forma, Kant continuaría según Deleuze y Guattari en la línea de la concepción clásica del deseo como carencia por intentar superar esta tan solo en

<sup>10</sup> «La producción como proceso desborda todas las categorías ideales y forma un ciclo que remite al deseo en tanto que principio inmanente. Por ello, la producción deseante es la categoría efectiva de una psiquiatría materialista que enuncia y trata al esquizo como *Homo natura*.» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 1985, p. 14). «Una psiquiatría verdaderamente materialista se define, por el contrario, por una doble operación: introducir el deseo en el mecanismo, introducir la producción en el deseo» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 30).

<sup>11</sup> «El deseo no cesa de efectuar el acoplamiento de flujos continuos y de objetos parciales esencialmente fragmentarios y fragmentados. El deseo hace fluir, fluye y corta» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 15).

<sup>12</sup> «Lo mismo que para el amor es para la esquizofrenia: no existe ninguna especificidad ni entidad esquizofrénica, la esquizofrenia es el universo de las máquinas deseantes productoras y reproductoras, la universal producción primaria como “realidad esencial del hombre y de la naturaleza”» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 14). «El esquizofrénico es el productor universal» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 16).

<sup>13</sup> «—Considera, pues— continuó Sócrates, si en lugar de probablemente no es necesario que sea así, esto es, lo que desea desea aquello de lo que está falto y no lo desea si no está falto de ello. A mí, en efecto, me parece extraordinario, Agatón, que necesariamente sea así. ¿Y a ti cómo te parece?» (PLATÓN, *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*. Madrid: Gredos, 1988, p. 241).

<sup>14</sup> «Desde el momento en que colocamos el deseo al lado de la adquisición, obtenemos una concepción idealista (dialéctica, nihilista) del deseo que, en primer lugar, lo determina como carencia, carencia de objeto, carencia del objeto real» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 32).

el plano de la ficción, pero dejar intacta la concepción de un deseo relacionado con una carencia de un objeto en el plano real<sup>15</sup>.

El psicoanálisis no vendría más que a repetir esta operación kantiana con su concepto de fantasma. Ante la carencia de un objeto real, Freud y Lacan sostendrían que el sujeto se crea un fantasma en donde puede finalmente alcanzar el objeto de manera imaginaria. La maniobra psicoanalítica consistiría en afirmar que la necesidad es la que se relaciona con una carencia y que el deseo tiene que ver con un fantasma que no es carencia, pero en realidad por detrás de este fantasma seguiría sosteniendo la carencia de un objeto real. Para Deleuze y Guattari el fantasma no es negativo si se atiende a su vertiente productora, mientras que el psicoanálisis sanciona a través de este concepto una carencia real absoluta e insubsanable<sup>16</sup>. El psicoanálisis se habría prohibido a sí mismo pensar el deseo como absolutamente carente de nada y como productor de un objeto real<sup>17</sup>.

Su intención es, por lo tanto, separar radicalmente la necesidad y la carencia del deseo. La necesidad y la carencia apuntan a algún objeto que vendría a llenar un vacío —el pan que sacia el hambre, por ejemplo— mientras que en su opinión el deseo crea su propio objeto. En realidad la interpretación del deseo como carencia es introducida de manera forzosa y secundaria en el marco de una determinada organización social (molar): cuando un determinado grupo social dispone de un bien masivamente, intenta convencer al resto de la sociedad de que carece de ese bien e infunde el miedo de que podría desaparecer; entonces el deseo deja de fluir libremente para centrarse en estos bienes<sup>18</sup>. Esta operación se ve acompañada por una insistencia en que los objetos que el deseo sigue por su parte produciendo son meras quimeras, ilusiones o fantasías. Cuando Freud cierra su producción teórica en «Análisis finito e infinito» (1937) afirmando que lo propio de la posición masculina es el rechazo de la castración y lo propio de la posición femenina es la envidia del falo<sup>19</sup>, en ambos casos se haría girar el deseo en torno a un objeto del que se carece

<sup>15</sup> Una definición del deseo como causa de la realidad efectiva de su objeto se encuentra en la *Crítica del juicio*: «facultad de ser, por medio de sus representaciones, causa de la realidad de los objetos de esas representaciones» (KANT, I. *Crítica del Juicio*, Madrid: Espasa-Calpe, 1984, p. 76).

<sup>16</sup> «[...] mientras que el deseo aparece como lo que produce el fantasma y se produce a sí mismo separándose del objeto, pero también redoblando la carencia, llevándola al absoluto, convirtiéndola en una “incurable insuficiencia de ser”, una “carencia-de-ser que es la vida”» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 33).

<sup>17</sup> «Si el deseo produce, produce lo real. Si el deseo es productor, sólo puede serlo en realidad, y de realidad. El deseo es este conjunto de *síntesis pasivas* que maquinan los objetos parciales, los flujos y los cuerpos, y que funcionan como unidades de producción. De ahí se desprende lo real, es el resultado de las síntesis pasivas del deseo como autoproducción del inconsciente. El deseo no carece de nada, no carece de objeto» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 33).

<sup>18</sup> «Es el arte de una clase dominante, práctica del vacío como economía de mercado: organizar la escasez, la carencia, en la abundancia de producción, hacer que todo el deseo recaiga es el gran miedo a carecer, hacer que el objeto dependa de una producción real que se supone exterior al deseo (las exigencias de la racionalidad), mientras que la producción del deseo pasa al fantasma (nada más que al fantasma)» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 35).

<sup>19</sup> FREUD, S., *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991, Vol. 23, p. 251-52. Traducido imprécisamente aquí como «Análisis terminable o interminable».

y se condenaría al sujeto a vagar inútilmente en torno a él. Frente a esta concepción Deleuze y Guattari sostendrán que en el inconsciente nada falta y que por lo tanto no hay carencia de nada, sino que la producción deseante ocupa cualquier posible hueco con su trabajo creador. En lugar de pensar el deseo como apuntando a un objeto ausente o a objetos parciales —noción de la psicoanalista austríaca Melanie Klein que Lacan asume en parte— jerárquicamente sometidos a un objeto global que nunca se alcanza, debería pensarse en un deseo que produce infinitud de objetos parciales sin ningún tipo de conexión. Por ejemplo, los diferentes órganos del cuerpo deben ser considerados en su funcionamiento autónomo y no como partes que sólo tienen sentido en relación con una totalidad superior.

También al contrario que el psicoanálisis los autores de *El Antiedipo* sostienen que la producción social y la producción deseante no pueden ser separadas, sino que son dos caras de un mismo proceso: toda organización social, incluso aquella más contraria a los intereses del sujeto, está cargada de deseo; y todo deseo individual y supuestamente íntimo está marcado por la sociedad en la que se engendra. No es cierto que el ámbito propio del deseo sea una esfera íntima o privada, situada más acá de una esfera pública en la que tendría lugar el proceso productivo social de objetos. La única diferencia es una diferencia del tamaño del nivel en el que operan.

Partiendo de estas premisas, la propuesta terapéutica de Deleuze y Guattari pasaría no tanto por interpretar y redirigir el deseo de un sujeto sino por permitirle descubrir su potencial una vez liberado de las cadenas psicoanalíticas y sociales mediante las que la sociedad lo apresa. En vez de un psicoanálisis proponen un esquizoanálisis, es decir, el descubrimiento del deseo esquizofrenizante del que todo sujeto es capaz, de un estilo peculiar y cuya singularidad es exaltada al máximo<sup>20</sup>. Superando una concepción del psicoanálisis que se basa en la imposición de un código o una interpretación artificial impuesta violentamente, su propuesta es que cada sujeto descubra lo que ya en todo momento está siendo capaz de producir y enseñarle a afirmarse en ello<sup>21</sup>. No se trataría tanto de interpretar y descifrar, sino de constatar cómo funciona la producción deseante de un individuo, es decir, cuáles son sus mecanismos y cuáles son los obstáculos que impiden que funcionen. En definitiva, el deseo no remitiría a ningún objeto más allá sino que sería el resultado de la actividad que hace girar los engranajes de las máquinas deseantes.

<sup>20</sup> «[...] y la verdadera cuestión del esquizoanálisis: ¿qué son para ti tus máquinas deseantes pulsionales? ¿qué funcionamiento, en qué síntesis entran, operan? ¿qué uso haces de ellas, en todas las transiciones que van de lo molecular a lo molar e inversamente, y que constituyen el ciclo donde el inconsciente, permaneciendo sujeto, se produce él mismo?» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 300). «La primera tarea positiva consiste en descubrir en un sujeto la naturaleza, la formación o el funcionamiento de sus máquinas deseantes, independientemente de cualquier interpretación. ¿Qué son tus máquinas deseantes, qué haces entrar en tus máquinas, y salir, cómo marcha todo ello, cuáles son tus sexos no humanos?» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 332).

<sup>21</sup> «El esquizoanálisis se propone deshacer el inconsciente expresivo edípico, siempre artificial, represivo y reprimido, mediatizado por la familia, para llegar al inconsciente productivo inmediato» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 104).

## 2. EL DESEO COMO FALTA Y NO COMO CARENCIA EN LACAN.

Sin duda en las antípodas de esta concepción maquina y fundada sobre una supuesta plenitud desbordante, Lacan sitúa el deseo del lado de la falta. Su primera definición del deseo parte de Sartre, referencia de buena parte de la intelectualidad francesa en los cuarenta y cincuenta, curiosamente también de Gilles Deleuze. Para Sartre el deseo es «falta de ser»<sup>22</sup>. A esta idea, que asume totalmente, Lacan le añadirá que se trata de una falta que no puede ser colmada por ningún objeto<sup>23</sup>. Pero en realidad, más que de un punto de partida, la falta se trata de un punto de llegada. Sin pretender agotar un concepto cuyo tratamiento es amplísimo en Lacan, se trata ahora de trazar las líneas de fuerza que permitan discutir después la legitimidad de las críticas de Deleuze y Guattari; en primer lugar, la distinción de Lacan entre necesidad, demanda y deseo.

### 2.1. *El deseo entre necesidad y demanda.*

A partir del seminario IV, pero sobre todo en el seminario V, *Las formaciones del inconsciente*, Lacan establece una distinción tajante entre estos tres elementos. La necesidad se mueve en el terreno de lo instintivo en sentido puramente biológico, es decir, se refiere al conjunto de las necesidades naturales de un ser humano (hambre, sed, abrigo...). La demanda según Lacan es la formulación de una necesidad en el registro de lo simbólico —el lenguaje— que está dirigida a un otro. De hecho, el enigmático concepto de gran Otro lacaniano incluye estas dos nociones: la del conjunto de operaciones lingüísticas que se pueden formular en una lengua y el conjunto de los sujetos —pequeños otros— a los que se dirigen esos enunciados. Para Lacan la demanda en el fondo es siempre demanda de amor entendida como demanda de la presencia de un otro. Ahora bien, el deseo no se reduce a ser necesidad o demanda, sino que se juega muy precisamente en el medio de estos dos elementos<sup>24</sup>. Equiparar el deseo a un apetito o necesidad que se puede satisfacer es un primer error, pero también lo es reducirlo a aquello que se demanda.

<sup>22</sup> «Si el deseo ha de poder ser deseo para sí mismo, es menester que él mismo sea la trascendencia, es decir, que sea por naturaleza un escapar de sí hacia el objeto deseado [...]. El deseo es falta de ser; está infestado en su ser más íntimo por el ser del cual es deseo» (SARTRE, J.-P., *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada, 1983, p. 139).

<sup>23</sup> «El deseo es una relación de ser a falta. Esta falta es, hablando con propiedad, falta de ser. No es falta de esto o de aquello, sino falta de ser por la cual el ser existe. // Esta falta está más allá de todo lo que puede presentarla» (LACAN, J. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. 1954-55*, Buenos Aires: Paidós, 2008, p. 334).

<sup>24</sup> «En esta zona intermedia es donde se sitúa el deseo, en cuanto deseo del Otro. Está más allá de la necesidad, más allá de la articulación de la necesidad a la que se ve llevado el sujeto por la necesidad de hacerla valer para el Otro, más allá de toda satisfacción de la necesidad. Se presenta en su forma de condición absoluta y se produce en el margen entre demanda de satisfacción de la necesidad y demanda de amor» (LACAN, J. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5. Las formaciones del inconsciente. 1957-58*. Barcelona: Paidós, 2005, p. 450).



Es justamente en el espacio que deja la separación de estos dos elementos donde debe ser pensado el deseo<sup>25</sup>. El deseo es aquello que se puede cernir o interpretar a partir de la formulación de una necesidad en forma de demanda, de ahí, por cierto, la imposibilidad de separarlo del lenguaje. Por muy relacionados que aparezcan deseo y demanda no deben ser confundidos, sino que el deseo está en una relación dialéctica con la demanda. Una prueba de que deben ser distinguidos es que aun cuando la necesidad reciba satisfacción —calmar la sed bebiendo— y la demanda puede ser ocasionalmente satisfecha —con la presencia del otro sujeto que trae el agua—, el deseo permanecerá siempre insatisfecho<sup>26</sup>.

## 2.2. *El deseo es deseo del Otro.*

Otro de los enunciados clásicos acerca del deseo en Lacan es que el deseo es deseo del Otro, presente en diferentes pasajes de los *Escritos* (1966). Lacan asiste a las lecciones sobre la dialéctica del amo y el esclavo en la *Fenomenología del espíritu* de Hegel que imparte en la Escuela práctica de altos estudios de París Alexandre Kojève. De ahí toma lo esencial para su interpretación de que el deseo es principalmente deseo de que se reconozca el propio deseo por parte de otro sujeto. Tal y como el amo hegeliano necesitaba del reconocimiento del esclavo para saberse amo, todo sujeto necesitaría de la intermediación de otro sujeto para acceder a su propio deseo<sup>27</sup>. Ahora bien, para hacer reconocer el propio deseo es necesario apostar acerca del cuál es el deseo del otro. Dicho de otra forma, se establece aquí una relación recíproca y dialéctica entre los sujetos, en la que un sujeto desea lo que supone que el otro desea y consigue así hacer reconocer su deseo. No se trata de que el otro sujeto le diga exactamente cuales son los objetos que deben ser deseados, sino que lo fundamental es la operación mediante la que un sujeto intenta hacer reconocer su deseo, es decir, descubrir que es lo que quiere el otro de él<sup>28</sup>. Por ejemplo, para que su deseo sea reconocido el niño debe interpretar el deseo

<sup>25</sup> En su escrito de 1958 «La significación del falo»: «Así, el deseo no es ni el apetito de la satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de la sustracción del primero a la segunda, el fenómeno mismo de su escisión [Spaltung]» (LACAN, J., *Escritos*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2005, p. 671).

<sup>26</sup> «El deseo se esboza en el margen donde la demanda se desgarrar de la necesidad: margen que es el que la demanda, cuyo llamado no puede ser incondicional sino dirigido al Otro, abre bajo la forma de la falla posible que puede aportarle la necesidad por no tener satisfacción universal» (LACAN, J., op. cit., 793)

<sup>27</sup> «El deseo mismo del hombre se constituye, nos dice, bajo el signo de la mediación; es deseo de hacer reconocer su deseo. Tiene por objeto un deseo, el del otro, en el sentido de que el hombre no tiene objeto que se constituya para su deseo sin alguna mediación, lo cual aparece en sus más primitivas necesidades, como por ejemplo en la circunstancia de que hasta su alimento debe ser preparado, y que se vuelve a encontrar en todo el desarrollo de su satisfacción a partir del conflicto entre el amo y el esclavo mediante toda la dialéctica del trabajo» (LACAN, J., op. cit., p. 171-172).

<sup>28</sup> «Para decirlo todo, en ninguna parte aparece más claramente que el deseo del hombre encuentra su sentido en el deseo del otro, no tanto porque el otro detenta las llaves del objeto deseado, sino porque su primer objeto es ser reconocido por el otro» (LACAN, J., op. cit., p. 257)

siempre enigmático de su madre e intentar satisfacerlo. Formulado como pregunta se trata de encontrar alguna respuesta medianamente válida a la pregunta «¿Qué desea el otro sujeto de mí?». Del desfase entre lo que él otro desea realmente de un sujeto y la interpretación que este sujeto hace nace su deseo, un deseo que es móvil y estará en un continuo intento por atrapar el deseo del otro. Aquello que se supone que le falta al otro, aquello que el otro desea, recibe la denominación técnica de «falo». El tan polémico «falo» no es más que el significante que marca que hay algo de lo que el otro carece y que el sujeto cree poder tener o incluso ser. Cualquier interpretación sexual de este concepto es una pura vulgarización que lo pervierte totalmente. El falo no es más que una interpretación, un velo que cubre el deseo del otro. Más que un objeto concreto de deseo es la marca de que hay algo que el otro no tiene, es decir, que lo convierte en un sujeto sometido a la castración como cualquier otro. Y es importante retener que lo anterior implica que no se puede llegar a saber nunca qué cosa podría colmar, ocupar legítimamente ese lugar vacío o semivacío<sup>29</sup>.

Lacan afirma que el objeto del deseo es metonímico, interpretando la metonimia como el desplazamiento de un objeto a otro. Si el síntoma es una metáfora, puesto que substituye a otra cosa que está oculta y que hay que descifrar en una operación donde se genera un nuevo sentido, el deseo es necesariamente metonímico: el intento repetido una y otra vez por cernir cuál es ese objeto cambiante del deseo<sup>30</sup>. Es esto justamente lo que provoca que en el marco de un psicoanálisis clínico solo pueda ser averiguado cual sea el objeto del deseo por aproximación y mediante un ejercicio interpretativo prolongado en el que finalmente se descubre más bien cierto estilo de deseo y no un objeto concreto que podría colmarlo.

Lacan piensa el lenguaje como un conjunto de significantes, cada uno de los cuales puede provocar infinitos efectos de significación, sin que le corresponda nunca un significado fijo. Dada su dependencia del orden significante —y como le sucede a cualquier significante— el objeto/significado de un deseo no puede nunca ser atrapado totalmente. La conclusión es que el deseo no es ninguna entidad independiente de las palabras del sujeto, situado en un plano trascendental e inaccesible, sino que circula por entre los significantes con los que es expresado.

Lacan sostiene además que en *La Interpretación de los sueños* de Freud, a pesar de que se defina el sueño como el cumplimiento substitutivo de un deseo insatisfecho, no se puede localizar ningún pasaje en donde se afirme cuál es el objeto

<sup>29</sup> Asociar el falo al poder o al control político son funciones que Lacan reserva para el concepto mucho más tardío de «discurso del amo». Insistir en lo contrario no es acertado: «[...] como hemos repetido en más de una ocasión, el Falo lacaniano presenta un carácter relacionado con el poder social y con la competición por cierto estatus en ese mismo sentido, que lo desvincula de los conceptos límite deleuzeanos» (CASTELLANOS, B. «La crítica de Deleuze al psicoanálisis: el proyecto de un deseo políticamente constituyente». Madrid: UNED, 2011. Tesis doctoral inédita, p. 71). «En Lacan en cambio, la aspiración al Falo es una lucha competitiva por el Poder en la que cada uno pierde en cuanto que otro gana» (CASTELLANOS, B., op. cit., p. 90).

<sup>30</sup> «Porque el síntoma es una metáfora, queramos o no decírnoslo, cómo el deseo es una metonimia, incluso si el hombre se pitorrea de él» (LACAN, J., op. cit., p. 508).

concreto deseado por un sujeto<sup>31</sup>. Ello se debería a que el deseo más que agotarse en un contenido apuntado o intencionado es precisamente la tendencia o el movimiento que van hacia él. En esta misma línea, en un periodo posterior de su enseñanza, Lacan introduce una innovación teórica para señalar que el objeto del deseo no es un objeto intencionado ahí delante, sino un objeto que causa el deseo desde detrás<sup>32</sup>. Se trata de la invención del «objeto *a*».

### 2.3. *El objeto-causa del deseo: el objeto a.*

Cuando Lacan estudia la angustia afirma que esta aparece cuando algo viene a ocupar el lugar normalmente vacío del objeto, cuando la falta deja de faltar. La angustia no sería la señal de una falta sino la manifestación, para un sujeto, de una carencia de ese apoyo indispensable que para él es la falta. La angustia es entonces la señal que indica la falta de la falta del objeto del deseo, es decir, la señal de que rondan al sujeto más cerca de lo habitual los objetos-*causa* de su deseo<sup>33</sup>. Al contrario que para buena parte de la tradición filosófica occidental —por ejemplo, Heidegger, quien sostiene que la angustia surge ante la ruptura del ser-en-el-mundo y la consecuente indeterminación que esto produce<sup>34</sup>—, para el psicoanálisis lacaniano siempre hay un objeto en juego, por mucho que no se pueda precisar fácilmente de qué objeto se trata<sup>35</sup>. En realidad, se trata de un objeto muy peculiar,

<sup>31</sup> «Les pido que lean la Traumdeutung, de una vez por todas y de un tirón, para convencerse de lo contrario. Aun cuando Freud aborde allí las mil formas empíricas que puede cobrar este deseo, no hay un solo análisis que culmine en la formulación de un deseo. Finalmente, el deseo allí nunca está revelado [...] Los desafío a traerme un solo pasaje de la Traumdeutung que concluya: el sujeto desea esto» (LACAN, J. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. 1954-55*, Buenos Aires: Paidós, 2008, p. 316).

<sup>32</sup> «Para fijar nuestro punto de mira, diré que el objeto *a* no debe situarse en nada que sea análogo a la intencionalidad de una noesis. En la intencionalidad del deseo, que debe distinguirse de aquélla, este objeto debe concebirse como la causa del deseo. Para retomar mi metáfora de hace un momento, el objeto está *detrás* del deseo» (LACAN, J. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 10. La angustia. 1962-63*. Buenos Aires: Paidós, 2006, p. 114).

<sup>33</sup> «Es decir, que la angustia no es la señal de una falta, sino de algo que es preciso concebir en un nivel redoblado, por ser la carencia del apoyo que ofrece la falta [...] ¿No saben que no es la nostalgia del seno materno lo que engendra la angustia sino su inminencia? Lo que provoca la angustia, es todo lo que nos anuncia, nos permite entrever, que se va a entrar en el regazo. No es, contrariamente a lo que se dice, ni el ritmo ni la alternancia de la presencia-ausencia de la madre. La prueba es que este juego de presencia-ausencia, el niño se complace en renovarlo. La posibilidad de la ausencia es la seguridad de la presencia» (LACAN, J. op. cit., p. 67).

<sup>34</sup> «*El ante-qué de la angustia es el estar-en-el-mundo en cuanto tal* [...] El ante-qué de la angustia no es ningún ente intramundano [...] El ante-qué de la angustia es totalmente indeterminado [...] En el ante-qué de la angustia se revela el «no es nada, no está en ninguna parte». La rebeldía del intramundano «nada y en ninguna parte» viene a significar fenoménicamente que el ante-qué de la angustia es el mundo en cuanto tal» (HEIDEGGER, M. *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta, 2012, p. 187).

<sup>35</sup> «Que la angustia no tiene objeto es algo generalmente admitido. Esto, que se extrae, no del discurso de Freud, sino de una parte de sus discursos, es propiamente lo que yo rectifico con mi discurso. Pueden pues considerar indudable que, como he tenido el cuidado de

puesto que no puede aparecerse ni en el espacio ni en el tiempo ni ser representado por ninguna imagen. Difícilmente se acomoda a la denominación tradicional de «objeto» puesto que su existencia se infiere exclusivamente por el hecho de ser la causa del deseo<sup>36</sup>.

Lacan irá progresivamente dejando de lado la noción de deseo y dándole mayor importancia al concepto de pulsión. Así, los cuatro grandes tipos de objeto *a* que Lacan propone en su seminario sobre la angustia son en realidad cuatro tipos de pulsiones que giran en torno a ciertas partes del cuerpo que limitan con el exterior, ciertos bordes o límites corporales, y en este girar provocan el deseo del sujeto<sup>37</sup>.

#### 2.4. *La falta no es la carencia.*

Por lo tanto, el objeto del deseo es objeto de la pulsión y objeto causa del deseo al mismo tiempo. Si su forma de manifestarse es a través de la falta, ello no implica que el sujeto carezca de él. En realidad, el término francés «manque» contiene las nociones de falta y de carencia, de forma que es necesario afirmar que en Lacan una falta no es una carencia. Desear implica muy precisamente la capacidad para soportar el hecho de la falta de objeto sin que esta se sienta como una carencia, como una pérdida, como una privación o como una frustración. Solo cuando esa falta se le hace insoportable al sujeto cae este en una parálisis depresiva, siendo incapaz de sostener ningún deseo. Solo entonces se transforma la falta en carencia y el deseo en insatisfacción completa. Lo normal es la insatisfacción parcial.

Justamente, preservar parcialmente no colmado el lugar de la falta es para Lacan la única manera de seguir deseando. El deseo necesita del lugar semivacío de un objeto no totalmente presente, necesita que la demanda no sea saturada por completo. Por ejemplo, cuando en la anorexia nerviosa el sujeto rechaza todo alimento el psicoanálisis lacaniano interpreta que se está poniendo en marcha una estrategia para recuperar al menos parcialmente el lugar del deseo vacío<sup>38</sup>. Exactamente lo mismo sucede en el caso de los adolescentes que sin ningún tipo de voto

---

escribirles aquí en la pizarra al modo de un pequeño memento —¿y por qué no éste entre otros?— no es sin objeto [...] Esta relación de no ser sin tener no significa que se sepa de qué objeto se trata» (LACAN, J., op. cit. p. 100-101).

<sup>36</sup> «De igual modo, designar el pequeño *a* por el término de objeto es hacer un uso metafórico de esta palabra, ya que se lo toma prestado de la relación sujeto-objeto donde el término objeto se constituye. Es sin duda apropiado para designar la función general de la objetividad, pero aquello de lo que hablaremos bajo el término *a*, es justamente un objeto externo a toda definición posible de la objetividad» (LACAN, J., op. cit. p. 102-103).

<sup>37</sup> «Comprenda que el objeto del deseo es la causa del deseo y este objeto causa del deseo es el objeto de la pulsión, es decir, el objeto en torno del cual gira la pulsión» (LACAN, J. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. 1964*. Buenos Aires: Paidós, 1995, p. 251).

<sup>38</sup> El problema es que se trata de una mala estrategia, puesto que se confunde la falta con la privación, y se entiende que a través de la privación de comida se puede preservar el lugar de la falta. Hubiese sido mejor reivindicar el propio deseo frente a un otro —madre, padre— que pretende atiborrar de comida o de cuidados un tanto excesivamente, es decir, que pretende matar el deseo saciando la demanda.

religioso por medio se declaran firmemente «asexuales»<sup>39</sup>. Se trata de un intento del sujeto por defenderse de la excesiva presencia de lo sexual en múltiples ámbitos de lo social mediante la autoprivación. Un último ejemplo lo ofrece el terreno de la relación amorosa, donde si alguien se empeña en asegurar que conoce el objeto del deseo de un sujeto o en imponerlo, lo más probable es que acabe siendo rechazado por su *partenaire*. Más allá de la satisfacción de la necesidad y de la demanda (presencia del otro), en el amor el sujeto quiere hacerle entender al otro que sabe que no puede satisfacer todo su deseo, pero que aun así lo intentará<sup>40</sup>.

En definitiva, Lacan distingue la falta del objeto del deseo y por extensión del sujeto deseante de la carencia/privación o de la frustración<sup>41</sup>. Sin embargo, Deleuze y Guattari expresamente desacreditan esta distinción y obviándola condenan la concepción del deseo lacaniano<sup>42</sup>. Para Lacan la falta y la castración —que de nuevo, poco tiene que ver con la amenaza de perder una parte de nuestro cuerpo, buena prueba de ello es que los sujetos en posición femenina también se ven afectados por ella— no son negativas; al contrario, el error es pretender no asumirla y fantasear con la posibilidad de un deseo absolutamente pleno.

### 3. CONCLUSIONES

#### 3.1. Optimismo versus moderación.

Si bien es cierto que hay una tendencia en el psicoanálisis a insistir en el lado pesimista y negativo de la existencia, ello se debe a que atiende la demanda de curación de pacientes que se quejan de diversos malestares<sup>43</sup>. Ahora bien, su objetivo es muy precisamente el mismo que el de la propuesta esquizoanalítica: no que el sujeto sea feliz, que sería una promesa irrazonable y falsa, sino que se sienta media-

<sup>39</sup> El psicoanalista Manuel Fernández Blanco se refiere a este hecho hablando de una «anorexia sexual» (FERNÁNDEZ, M., *La repetición como concepto fundamental del psicoanálisis*. Caracas: Capitón, 2009, p. 21-22).

<sup>40</sup> La frase lacaniana para referirse al amor es iluminadora a este respecto: «Te demando que rechaces lo que te ofrezco—, podemos completar, para quienes acaso nunca habrían comprendido qué es la carta de amuro [juego entre amor y muro]: rechazar lo que te ofrezco porque no es eso [ça n'est pas ça]» (LACAN, J. *Seminario 19. O peor... 1971-72*. Barcelona: Paidós, 2012, p. 80).

<sup>41</sup> LACAN, J. *Seminario 4. La relación de objeto. 1956-57*. Barcelona: Paidós, 1994, pp. 27-41.

<sup>42</sup> «Y por más que interpretemos estas nociones en términos de una combinatoria que convierte a la carencia en un lugar vacío, y no en una privación [...] mandato, al significante en un distribuidor, y no en un sentido, no podemos impedir que arrastren tras de sí su cortejo teológico, insuficiencia de ser, culpabilidad, significación» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 116-17).

<sup>43</sup> «La psychanalyse est une pratique qui part de cette demande liée a quelche chose qui ne va pas dans la vie de certaines femmes et de certains hommes. Puisque la psychanalyse comme pratique a ce point de départ, elle est, de fait, amenée à s'intéresser aux symptômes, à ce qui ne va pas» (DAVID-MÉNARD, M., *Deleuze et la psychanalyse. L'altercation*. París: PUF, 2005, p. 16).

namente satisfecho con los caminos por donde lo lleva su deseo. El psicoanálisis lacaniano apunta también a dejar de padecer del inconsciente y conseguir apreciarlo desde el punto de vista de la riqueza productiva que Deleuze y Guattari reivindican.

Lo anterior no niega la existencia de diferencias evidentes en sus planteamientos. Al menos en *El Antiedipo*, Deleuze y Guattari parecen demasiado optimistas y confían en el poder sanador del mero descubrimiento de la propia producción deseante una vez destruidos los obstáculos que impiden que se manifieste. El psicoanálisis es más conservador y sostiene que sólo son posibles algunos pequeños y laboriosos cambios que no pasan únicamente por desocultar el propio deseo sino por entender la lógica profunda que lo marca y aún después intentar «saber hacer» algo productivo con él<sup>44</sup>. Es por ello por lo que el concepto que dominará en la última enseñanza de Lacan no será ya el deseo, cambiante y relativamente lábil, sino algo mucho más masivo y sustancial como el goce [*jouissance*] que determina con mayor solidez el estilo del deseo del sujeto. A medio camino entre el placer y el displacer, entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte, Lacan pasará de pensar al sujeto como falta en ser para considerarlo como «sustancia gozante»<sup>45</sup>.

Otra de las diferencias entre la producción deseante y el goce lacaniano es que este no tiene necesariamente una connotación positiva ni es liberador de por sí, pero tampoco se trata de algo exclusivamente negativo. Cuando algunos deleuzianos insisten únicamente en la dimensión negativa del concepto de goce de Lacan en tanto que masoquista, mortificador, repetidor de un sufrimiento y superyoico, su análisis es parcial<sup>46</sup>. El psicoanálisis simplemente apunta a que el deseo del sujeto se sostiene sobre algo siempre presente, sólido y sustancial que es el goce. Es esta solidez la que explica que aun siendo causa de malestares el sujeto se resista a apartarse de él y que sea compleja la operación de negativización, barrado o tachado necesaria para conseguir que sea evacuado, al menos parcialmente. El goce, al igual que la producción deseante, es ciertamente productivo, creador e inagotable, pero en ocasiones puede virar en contra de los intereses del sujeto.

Por otra parte, sin negar rotundamente la posibilidad de que haya algo así como un esquizoanálisis clínico —algunos terapeutas se reivindican como tales—, la dificultad para concretar en la práctica clínica lo que se propone así a nivel teórico podría deberse a que la reivindicación de las máquinas deseantes esquizofrénicas pretende ser ante todo una operación micropolítica antes que una herramienta clínica<sup>47</sup>.

<sup>44</sup> La expresión aparece en LACAN, J., *Seminario 23. El sinthome. 1975-76*. Buenos Aires: Paidós, 2006, p. 59.

<sup>45</sup> LACAN, J., *Seminario 20. Aún... 1972-73*. Buenos Aires: Paidós, 1987, p. 32.

<sup>46</sup> Es como mínimo imprecisa una afirmación como: «el goce lacaniano podría ser entendido como cercano al deseo masoquista, tal y como Deleuze lo muestra en Presentación de Sacher-Masoch, si bien el primero proviene del super-yo y el segundo del yo [...] En cualquier caso, la experiencia pura del goce lacaniano, que es un goce del super-yo, implicaría un regusto en la prohibición, en el castigo y en la culpabilidad. Se trataría de un goce “civilizado”» (CASTELLANOS, B., op. cit., p. 59).

<sup>47</sup> Esta postura moderaría algo la crítica del psicoanalista lacaniano Serge Cottet que reduce el esquizoanálisis a simple literatura: «C'est la preuve que le schizo deleuzien n'est pas véritablement une entité clinique mais plutôt politique et bientôt littéraire» (COTTET, S., «Deleuze, son “Schizo” et l'angoisse» en *Quarto*, Bruselas, n°86, 2006, p. 48).

### 3.2. *La transgresión o el deseo limitado.*

Mientras que Deleuze y Guattari no tendrían ningún problema en apoyar el «gozar sin límites» y el «prohibido prohibir» que sirvieron de eslóganes en mayo del 68, Lacan rechaza como solución la transgresión. En el seminario 7, de 1959-60, sostiene que la peculiar ética del psicoanálisis consiste en descubrir y sostener el propio deseo; ahora bien, no a cualquier precio. El modelo que muestra a dónde puede conducir un deseo puro y ciego lo ofrece la *Antígona* de Sófocles. En su interpretación Antígona no se basaría en el conflicto entre lo privado y lo público, entre la ética y la política, al transgredir las leyes políticas del estado que le impiden cumplir su deber ético para con su hermano y enterrarlo dignamente pese a ser un traidor. Antígona manifestaría, más bien, el deseo puro al no cesar en su empeño por ofrecerle a su hermano las exequias que considera que merece aún a sabiendas de que eso le costará la muerte. En este sentido, el psicoanálisis advierte de que llevado al extremo un deseo radicalmente seguido puede conducir a la autodestrucción<sup>48</sup>. Un deseo que no es limitado por nada se parece más a una pulsión de muerte dirigida contra sí mismo que a un deseo. Es por eso por lo que Lacan no aceptará que el objetivo de un psicoanálisis sea convertirse en un héroe del propio deseo transgrediendo cualquier norma que lo coarte y lo concebirá como una operación mucho más modesta y cauta. Cierto es también que Deleuze y Guattari ya apuntaban en *El Antiedipo*, pero sobre todo en su continuación, *Mil mesetas*, la necesidad de que la experimentación del sujeto de nuevas vías se lleve a cabo con precaución y cautela, para evitar la caída en una esquizofrenia clínica o la autodestrucción a través del alcohol u otras drogas<sup>49</sup>.

Lacan recuerda que no hace falta llegar a tal extremo para comprobar que por el mero hecho de ser enfrentado a su deseo de forma abrupta un sujeto es rondado por la angustia. Parece evidente que ni el objetivo del esquizoanálisis ni el del psicoanálisis pueden ser angustiarse. Por momentos Deleuze y Guattari olvidan que el esquizofrénico se angustia y, en efecto, de forma invasiva y en un grado exacerbado. Sus textos transmiten que la angustia es propia de la neurosis, y que una vez superada esta última y desatados los flujos deseantes de un sujeto ya no podría volver a aparecer. En su opinión únicamente cuando la producción deseante es bloqueada antes de desenvolverse totalmente y los flujos no llegan a su destino puede el esquizofrénico angustiarse. La práctica clínica de los psicoanalistas desmiente frontalmente que la angustia sea exclusivamente neurótica o edípica: la angustia

<sup>48</sup> «Pero Antígona lleva hasta el límite la realización de lo que se puede llamar el deseo puro, el puro y simple deseo de muerte como tal. Ella encama ese deseo» (LACAN, J. *Seminario 7. La ética del psicoanálisis. 1959-60*. Buenos Aires: Paidós, p. 339).

<sup>49</sup> En *Abecedario*, la entrevista que le hace en 1988 su ex-alumna Claire Parnet, tras reflexionar sobre su propia experiencia con el alcohol, Deleuze afirma que *El Antiedipo* siempre promovió la prudencia: «Aquel libro nunca... —cuando uno lee ese libro, ese libro siempre ha marcado una prudencia, me parece, extrema. La lección era: no os convertáis en un pingajo. Cuando se establecen oposiciones, no se deja de contraponer el proceso esquizofrénico al tipo que está en el hospital, y para nosotros el terror era producir una criatura de hospital. ¡Todo menos eso!» (DELEUZE, G. & PARNET, C., *L'Abécédaire de Gilles Deleuze*. Paris: Editions Montparnasse, 1997, «D» de deseo).

del delirante que se siente perseguido o del esquizofrénico que siente su cuerpo como despedazado son buena prueba de ello<sup>50</sup>.

La apuesta del psicoanálisis es que la represión que padece el deseo no es principalmente social, sino que es el propio sujeto quien asume esta represión, y es el propio sujeto el único capaz de desenmarañar las redes en las que se atrapa él mismo. Deleuze y Guattari insisten en que la mayor parte de la represión es social, aunque no dejan de anotar que hay sujetos cuyo inconsciente en sí mismo, antes de cualquier relación social, es reaccionario, es decir, impide y bloquea su propio deseo. El psicoanálisis, por el contrario, señala que la ruptura con cualquier discurso o lenguaje o ordenación simbólica proveniente de lo social a donde puede conducir no es a la liberación, sino a lo peor. A este respecto, y en esta ocasión, parece acertada la lectura de Lacan del no siempre fiable Žižek, cuando afirma que el complejo de Edipo o cualquier otro concepto estructuralista que desempeñe su función no limita, sino que desterritorializa la producción deseante, permitiéndole a los sujetos redirigir los deseos dirigidos inicialmente a las personas que lo han criado hacia otras personas<sup>51</sup>. Deleuze afirmaría que lo anterior es un paso intermedio innecesario, ya que la producción deseante de por sí apunta siempre a objetos parciales<sup>52</sup>.

### 3.3. *El psicoanálisis no ha inventado la falta.*

Deleuze y Guattari critican que el psicoanálisis despliega una concepción interesada del deseo, puesto que concebirlo como carencia le permite al psicoanalista venderse<sup>53</sup>, nunca mejor dicho, como mediador imprescindible en la búsqueda del objeto que falta. Ahora bien, el psicoanálisis no ha inventado ni el malestar ni los síntomas ni los problemas con el deseo de los sujetos: ni Charcot inventó las parálisis histéricas, ni Freud el sufrimiento de los neuróticos y la locura de Schreber, ni Lacan la falta-en-ser de la que se queja el sujeto.

El psicoanálisis sostiene también que las soluciones y alternativas que pueden encontrar los sujetos para su deseo son múltiples y siempre válidas. En este sentido, cualquier opción, siempre que resulte satisfactoria para el sujeto, es aceptable, y, por cierto, al contrario que algunos deleuzianos, no necesariamente haciendo

<sup>50</sup> «Dans cette option qui privilégie la métamorphose schizophrénique à la place de la métaphore delirante, tout un chapitre de l'angoisse est méconnu parce que, pour eux, l'angoisse est oedipienne» (COTTET, S., «Deleuze, son "Schizo" et l'angoisse» en *Quarto*, Bruselas, n°86, 2006, p.48).

<sup>51</sup> «¿No es el complejo de Edipo freudiano (en especial en su apropiación interpretativa por Lacan) lo *opuesto* exacto a la reducción de la multitud de intensidades sociales en la matriz padre-madre-yo, la matriz de la explosiva *apertura* del sujeto al espacio social? Para el sujeto, sufrir la "castración simbólica" es una manera de ser arrojado de la trama familiar, impulsado hacia una trama social más amplia. *Edipo, el agente de la desterritorialización*» (ŽIŽEK, S., *Organs Without Bodies: On Deleuze and Consequences*. New York-London: Routledge, 2004, p. 103).

<sup>52</sup> Pese a todo, por otros motivos, nos parece justa la afirmación de Žižek en el mismo texto: «Lo que Deleuze presenta como "Edipo" es una simplificación bastante ridícula, si no una falsificación radical de la posición de Lacan» (Íbidem., 100)

<sup>53</sup> La expresión es nuestra.



pasar la solución por ningún ideal de relación social<sup>54</sup>. Si el psicoanálisis no es una moral ni una ética en sentido tradicional ello implica que no puede en ningún caso sostener que un deseo es mejor que otro, o que una vida es más plena y llena de sentido. Simplemente ofrece un espacio donde tratar las quejas y los malestares anímicos mediante la palabra, basándose en el hecho de que el primer paso necesario pero no suficiente para atenuarlos es desvelar la lógica interna que los organiza.

Los autores sostienen que en la teoría lacaniana del deseo existiría una tensión entre dos polos. Un polo negativo, que al pensar el deseo en relación con el gran Otro —con el lenguaje, con el registro de lo simbólico, con el conjunto de los significantes lo concebiría como un deseo que es carente y que apunta a un objeto siempre ausente. Y un polo positivo, que al sostener que el deseo se relaciona con un objeto *a* real, sería próximo a su propia teoría del deseo como producción<sup>55</sup>. Este objeto *a* causa del deseo inventado por Lacan les parece cumplir todos los requisitos que impone pensar el deseo como una máquina deseante que goza de una libertad análoga a la del deseo, no diremos esquizofrénico, sino esquizofrenizante<sup>56</sup>. Por otra parte, se ha intentado demostrar que tampoco la primera concepción lacaniana del deseo lo negativiza o lo condena a la insatisfacción permanente, pero importa sobre todo señalar que Lacan mismo, al menos desde 1967, intentaba abandonar el modelo de la neurosis para pensar a los sujetos como una solución fallida o exitosa a un estado inicial próximo a la psicosis<sup>57</sup>. De hecho, Deleuze afirmará que su intención con *El Antiedipo* era dejar de lado el Lacan estructuralista para permitir que aflorase este Lacan esquizofrenizante. En su opinión serían los seguidores de Lacan los que habrían encerrado su enseñanza en el marco estrecho de un estructuralismo a superar. Incluso el propio Félix Guattari seguiría aún por momentos preso de este estructuralismo al mostrar un cierto rechazo a abandonar

<sup>54</sup> «El hecho es que entendemos que el conflicto psíquico debería ser reformulado en términos de problema político, intentando repensar los planteamientos para localizar el desarrollo de los problemas en el terreno en el que surgen, en la comunidad (y en la comunidad de afectos) en la que deviene la vida, y no en un gabinete que la detenga. En este sentido se hace urgente la tarea de reproponer la amistad griega como terapia y como cultivo de las virtudes dianoéticas socialmente inmersas» (CASTELLANOS, B., op. cit., p. 49).

<sup>55</sup> «La admirable teoría sobre el deseo de Lacan creemos que tiene dos polos: uno con relación al «pequeño objeto-a» como máquina deseante, que define el deseo por una producción real, superando toda idea de necesidad y también de fantasma; otro con relación al «gran Otro» como signifiante, que reintroduce una cierta idea de carencia» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., p. 34). En realidad habría que matizar que el real lacaniano no es lo real en sentido habitual, sino lo imposible de simbolizar o imaginarizar.

<sup>56</sup> «Lacan habría esquizofrenizado “hasta la neurosis, haciendo pasar un flujo esquizofrénico capaz de subvertir el campo del psicoanálisis. El objeto *a* irrumpe en el seno del equilibrio estructural a modo de una máquina infernal, la máquina deseante» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit. p. 99).

<sup>57</sup> «Néanmoins, tous ces malentendus ne s’opposent pas à ce que Deleuze en 1972 ait pu croire venir au secours de Lacan pour schizophréniser la psychanalyse [...] Il était en effet occupé à ce projet depuis 1967. Mais Lacan avait commencé bien avant à sortir la psychanalyse de la tragédie» (COTTET, S., «Les machines psychanalytiques de Gilles Deleuze» en *La cause freudienne*, vol 32, 1996, p. 18).

ciertas nociones lacanianas<sup>58</sup>. En realidad, aunque Lacan posteriormente desplace el centro de atención a otros conceptos, no abandona nunca totalmente estas nociones. Su salida del estructuralismo consiste en afirmar que el enfoque con el que deben ser utilizados conceptos como Edipo, falo, significante y otros es un enfoque pragmático y menos esencialista que el de una época anterior. A pesar de ello, de lo anterior es muy complicado deducir, como proponen forzosamente ciertos autores, que *El Antiedipo* sea una especie de homenaje encubierto a Lacan<sup>59</sup>.

### 3.4. *Sociedad de consumo y falta.*

Ante una sociedad de consumo que funciona a base de convencer al sujeto de que carece de algo que ella le puede aportar<sup>60</sup>, la estrategia de Deleuze y Guattari pasa porque el sujeto descubra que su deseo no apunta a ningún objeto del que carece, sino que es en sí mismo creador. La producción deseante debe ser libre y original y no someterse a ninguna norma ni en lo íntimo ni en lo social: hay que desterritorializar el deseo sin permitir la «re-territorialización artificial» de la sociedad, sea la sociedad capitalista o cualquier otra<sup>61</sup>. El psicoanálisis lacaniano plantea una estrategia diferente. Parte del reconocimiento de la falta e intenta que

<sup>58</sup> «Yo trabajaba únicamente en el campo de los conceptos, y aún de forma tímida. Félix me habló de lo que él llamaba, ya entonces, las máquinas deseantes: toda una concepción teórica y práctica del inconsciente-máquina, del inconsciente esquizofrénico. Entonces tuve la impresión de que era él quien llevaba la delantera. Sólo que, con todo y su inconsciente-máquina, él hablaba aún en términos de estructura, significante, falo, etc. No podía ser de otro modo, considerando la deuda que él (como yo mismo) tenía con Lacan. Pero me pareció que, si encontrábamos los conceptos adecuados para ello, todo funcionaría mejor que con unos conceptos que ni siquiera son los del Lacan creador, sino más bien los de una cierta ortodoxia que se ha constituido a su alrededor. Lacan dice: "nadie me ayuda". Nosotros le hemos ayudado esquizofrénicamente» (DELEUZE, G. & PARNET, C., *Conversaciones. 1972-1990*. Valencia: Pretextos, 1980, p. 12).

<sup>59</sup> «[...] la ruptura de Deleuze con el psicoanálisis no fue provocada sino por el propio Lacan. *El Anti-Edipo* es, desde el principio hasta el final, una lectura de Lacan, y sin duda habría llevado el nombre de Lacan en el título si no fuera por todos los demás asuntos que contiene el libro» (SMITH D. W., «The Inverse Side of the Structure: Žižek on Deleuze on Lacan», *Criticism*, 46, 2004, p. 639) «Deleuze puede ser visto como uno de los discípulos de Lacan más profundos, pero también más independientes, al haber inventado todo un nuevo conjunto de conceptos para describir el reverso de la estructura simbólica» (SMITH D. W., op. cit., p. 648).

<sup>60</sup> «No hay sociedad que no habilite la carencia en su seno, por medios variables y propios (estos medios no son los mismos, por ejemplo, en una sociedad de tipo despótico o en una sociedad capitalista en la que la economía de mercado les proporciona un grado de perfección desconocido hasta entonces). Esta soldadura del deseo con la carencia proporciona, precisamente, al deseo fines, finalidades o intenciones colectivas y personales — en lugar del deseo preso en el orden real de su producción que se comporta como fenómeno molecular desprovisto de fin e intención» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., 353)

<sup>61</sup> «Todo es demente en el sistema: la máquina capitalista se alimenta de flujos descodificados y desterritorializados; los descodifica y los desterritorializa aún más, pero haciéndolos pasar por un aparato axiomático que los conjuga y que, en los puntos de conjugación, produce pseudo-códigos y re-territorializaciones artificiales» (DELEUZE, G. & GUATTARI, F., op. cit., 384).

el sujeto descubra que esta falta es tan radical que ninguno de los productos de consumo que los sujetos pueden adquirir pueden tamarla realmente. Denuncia así la engañosa promesa de felicidad del consumo e invita al sujeto a que indague en torno a cuál es realmente su objeto causa de deseo. Que la concepción psicoanalítica del deseo es el complemento ideológico a nivel individual que la sociedad de consumo necesita no es sostenible si se piensa que permite reconocer que ningún objeto del mercado puede solucionar su malestar; finalmente ni siquiera el propio psicoanalista, que a partir de cierto instante debe ser abandonado como objeto de goce. La crítica de que el psicoanálisis encadena el deseo del sujeto al intentar convencerlo de que se tiene que reconocer a sí mismo como carente, olvida que el objetivo final de la experiencia psicoanalítica es justamente lo contrario. En cierto sentido, parafraseando el concepto de mayoría de edad kantiano, la aspiración del psicoanálisis no es otra que permitir que el sujeto pueda concluir sirviéndose con ánimo y decisión y sin la dirección de otro de su propio deseo.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Castellanos, B. (2011). «La crítica de Deleuze al psicoanálisis: el proyecto de un deseo políticamente constituyente». Madrid: UNED. Tesis doctoral inédita.
- Cottet, S. (1996). «Les machines psychanalytiques de Gilles Deleuze» en *La cause freudienne*, vol 32, p. 15-19).
- David-Ménard, M. (2005). *Deleuze et la psychanalyse. L'altercation*, Paris: PUF.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1985). *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona: Paidós.
- (2004). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia: Pretextos.
- Deleuze, G. & Parnet, C. (1997). *L'Abécédaire de Gilles Deleuze*. Paris: Editions Montparnasse.
- Fernández, M. (2009). *La repetición como concepto fundamental del psicoanálisis*, Caracas: Capitón.
- Freud, S. (1991). «Análisis terminable e interminable» en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, vol. 23, p. 211-254.
- Hallward, P. (2010). «You Can't Have it Both Ways: Deleuze or Lacan», en L. de Bolle, *Deleuze and psychoanalysis. Philosophical Essays on Deleuze's Debate with Psychoanalysis*, Leuven: University Press, pp. 33-50.
- Heidegger, M. (2012). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.
- Kant, I. (1984). *Crítica del juicio*, Madrid: Espasa-Calpe.
- Lacan, J. (2005). *Escritos*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2008). *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. 1954-55*, Buenos Aires: Paidós.
- (1994). *Seminario 4. La relación de objeto. 1956-57*, Barcelona: Paidós.
- (2005). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente. 1957-58*, Barcelona: Paidós.
- (2006). *Seminario 10. La angustia. 1962-63*, Buenos Aires: Paidós.
- (1995). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. 1964*, Buenos Aires: Paidós.
- (2012). *Seminario 19. O peor... 1971-72*, Buenos Aires: Paidós.
- (1987). *Seminario 20. Aún... 1972-73*, Buenos Aires: Paidós.
- (2006). *Seminario 23. El sinthome. 1975-76*, Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1979). «Lacan pour Vincennes!», en *Ornicar? Bolletín periodique du Champ Freudien*, n.º.17/18.
- Sartre, J.-P. (1983). *El ser y la nada*, Buenos Aires: Losada, 2º volumen.

Platón (1988). *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*, Madrid: Gredos.

Smith D.W. (2004). «The Inverse Side of the Structure: Žižek on Deleuze on Lacan», *Criticism*, 46.

Žižek, S. (2004). *Organs Without Bodies: On Deleuze and Consequences*. New York-London: Routledge.

Universidad de Santiago de Compostela  
Departamento de Filosofía y Antropología social  
francisco.conde@usc.es

FRANCISCO CONDE SOTO

[Artículo aprobado para publicación en diciembre de 2017]